

CARLOS TAIBO

# Rusia y EEUU en el Cáucaso occidental: lecciones de una crisis

*A duras penas puede exagerarse el relieve geoeconómico y geoestratégico del Cáucaso. La región, ubicada en la proximidad de lo que convencionalmente se entiende que es el Oriente Próximo, ofrece una atalaya privilegiada para controlar lo que ocurre en una parte del planeta en la que se dan cita Europa, Asia y África. No sólo eso: se halla muy cerca de riquezas ingentes en materias primas energéticas, como las que atesoran el golfo Pérsico y, más aún, la cuenca del mar Caspio. De resultas de las disputas correspondientes, el trazado de conductos de transporte, viejos y nuevos, es una fuente permanente de controversia entre los países de la región. Para rematar, y si así se quiere, en el Cáucaso se manifiestan algunos de los signos de ese choque de civilizaciones que el pensamiento conservador norteamericano interesadamente identifica en la forma, en este caso, de una confrontación entre cristianos y musulmanes.*

En un escenario como el descrito, no puede sorprender que los conflictos hayan sido frecuentes. Desde la desintegración de la URSS han afectado, en los hechos, a todos los Estados caucásicos. Así, mientras Armenia y Azerbaiyán se han disputado el enclave de Nagorni-Karabaj –mayoritariamente poblado por armenios aunque formalmente emplazado en Azerbaiyán–, Georgia ha sido un foco de tensiones que, tras afectar de manera liviana, hace años, a una parte de su territorio, Abjaria, han marcado de manera mucho más notable el derrotero de otras dos repúblicas: Osetia del Sur y Abjazia. En Rusia, en suma, se han hecho valer dos sangrientos conflictos bélicos en Chechenia, que en 1991 decidió seguir el camino de la secesión. Por no faltar, no han faltado tampoco las tensiones en varias de las repúblicas del Cáucaso septentrional, también ubicadas en Rusia. Teatro de esas tensiones, de mayor o menor intensidad, han sido Daguestán, Ingushetia, Kabardino-Balkaria y Osetia del Norte. Por cierto que en esta trama las dos Osetias, mayoritariamente cristianas, se han desgajado desde mucho tiempo atrás de territorios colindantes con mayoría de población musulmana.

Carlos Taibo es profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Autónoma de Madrid

## El conflicto de Osetia del Sur

La breve guerra librada en agosto de 2008 ha tenido como escenario ante todo a Osetia del Sur. Esta república, de escasos 4.000 kilómetros cuadrados y poblada por menos de 100.000 habitantes, asumió, tras la desintegración de la URSS, lo que cabe entender que fue una independencia *de facto* con respecto a Georgia, apuntalada por dos hechos: si el primero lo aportó, con el paso del tiempo, la decisión de Moscú en el sentido de otorgar pasaportes a la población surosetia, el segundo asumió la forma de un despliegue de soldados rusos que sobre el papel desempeñaban una misión estrictamente pacificadora, aun cuando en realidad estuviesen claramente alineados del lado de los secesionistas locales. A lo largo de los tres últimos lustros se han registrado en Osetia del Sur –un país marcado, como todos los del entorno, por un irrefrenable capitalismo mafioso– diferentes, y estériles, intentos georgianos de recuperar el territorio, con resultado en frecuentes escaramuzas. No hay motivo alguno para dudar de que tanto los gobernantes autóctonos como las autoridades georgianas han abrazado políticas nada respetuosas en relación con sus rivales.

Importa subrayar que el origen del conflicto de Osetia del Sur obliga a prestar oídos a los efectos de una más de las manifestaciones de las políticas de ingeniería étnica desplegadas en la etapa soviética. De resultas, el territorio de Osetia fue dividido en dos partes: mientras la septentrional quedaba en Rusia, la meridional correspondió a Georgia. Parece evidente, por lo demás, que el grueso de la población de Osetia del Sur –los osetios étnicos– ha dejado bien a las claras desde tiempo atrás su designio de abandonar el Estado georgiano.

En la trastienda del conflicto bélico de agosto se han hecho valer también tensiones en Abjazia. Contentémonos con señalar que aunque el proceso de independencia *de facto* con respecto a Georgia, y el apoyo ruso, se han ajustado a las mismas pautas que en Osetia del Sur, en el caso de Abjazia, los abjazios étnicos eran minoría de la población antes de 1991, circunstancia que plantea –parece– problemas distintos en lo que hace a la condición de los agentes que operan sobre el terreno.

## La ambigüedad de la actuación norteamericana en el Cáucaso.

No es sencillo explicar la acción militar asumida por Georgia, en Osetia del Sur, el 7 de agosto de 2008. A los ojos de la abrumadora mayoría de los analistas era evidente que iba a ser respondida inmediata y contundentemente por el ejército ruso, que, por añadidura, se encontraba en posición muy cómoda frente a un rival mucho menos dotado. En tales cir-

cunstancias no puede sorprender que hayan proliferado los análisis que, con innegable tono conspiratorio, sugieren que EEUU convenció al presidente georgiano, Mijail Saakashvili, de la conveniencia de acometer una ofensiva que en los hechos sólo estaba llamada a rendir beneficios para la Casa Blanca. Conforme a esta interpretación, la imaginable falta de mesura de la respuesta rusa se convertiría en un argumento sólido para que los *halcones* norteamericanos, en vísperas de una elección presidencial, reclamasen una política mucho más dura en relación con Moscú.

---

**El origen del conflicto de Osetia del Sur obliga  
a prestar oídos a los efectos de una más de  
las manifestaciones de las políticas de ingeniería étnica  
desplegadas en la etapa soviética**

---

Es verdad, claro, que de dar crédito a la interpretación que acabamos de enunciar, EEUU asumía también el riesgo de que su principal aliado en el Cáucaso, el mentado presidente Saakashvili, perdiera el poder. En el momento en que estas líneas se escriben, este último horizonte no puede descartarse por completo. La sociedad georgiana parece dividida entre quienes se han entregado a un visible efluvio nacionalista y se han inclinado por cerrar filas frente a Rusia, por un lado, y quienes han recuperado el pulso de la contestación de las políticas de Saakashvili. La naturaleza, a menudo impresentable, de las acciones del ejército ruso parece mover el carro, con todo, de la primera de esas dos opciones. Y ello aunque no hay ningún motivo para concluir que, en su ofensiva de agosto, el ejército georgiano hizo gala de un comportamiento respetable.

La política de las autoridades georgianas se halla firmemente ligada, desde hace años, al dictado que emana de EEUU. En el escenario del Cáucaso, este último obedece a dos grandes objetivos muy interrelacionados entre sí. El primero estriba en disputar a Rusia el jugoso negocio del transporte de las materias primas energéticas extraídas en el Caspio. Al respecto, Washington ha pujado por construir un nuevo conducto que, desde las orillas de ese mar, y tras cruzar Azerbaiyán y Georgia, remata en el puerto turco de Ceyhan, a orillas del Mediterráneo. El segundo de los objetivos no es otro que debilitar a Rusia en su *patio trasero* caucásico, dificultando así el renacimiento de aquélla como potencia eventualmente alternativa.

Si se trata de identificar dos hitos principales que dan cuenta de la política de Washington, el primero lo aporta una calculada ambigüedad en Chechenia. Aunque a EEUU no le interesa que emerja una Chechenia independiente que en un grado u otro estaría mar-

cada por el estigma del islam radical, tampoco tiene interés alguno en que Moscú cierre a su gusto el conflicto. La Casa Blanca aplica, pues, una norma que en mucho recuerda a lo que Henry Kissinger dijo en relación con la guerra librada por Irán e Irak en el decenio de 1980: el interés de EEUU es que los dos contendientes salgan mutuamente derrotados. El segundo de esos hitos lo ha perfilado un franco apoyo a la Georgia de Saakashvili, convertida en principal peón de la agresividad norteamericana y en candidato firme a una rápida incorporación a la OTAN y, en su caso, a la Unión Europea.

No está de más subrayar que, en una lectura legítima, bien puede afirmarse que el Cáucaso ha adquirido un relieve creciente para Washington de resultas de los reveses que ha experimentado la política de la Casa Blanca en Asia central –las cordiales relaciones con Uzbekistán, en particular, han tocado a su fin– y de los sucesivos fracasos registrados en Afganistán e Irak.

## **Subordinación y división interna de la Unión Europea**

No es mucho lo que hay que decir sobre el papel desempeñado por la Unión Europea (UE). Contentémonos con afirmar que ésta carece, en lo que al Cáucaso se refiere, de una política independiente de la que abraza EEUU. El efecto principal de esta carencia es que se expone a padecer en carne propia muchas de las secuelas de decisiones norteamericanas que, en virtud de un obvio criterio geográfico, tienen efectos mucho más perversos en el caso de la UE que en el de EEUU. Al margen de lo anterior, y como casi siempre, la UE se halla dividida. En su interior se aprecian, si así se quiere, tres posiciones: la de varios de los miembros recién incorporados, muy severos en su trato con Moscú –es el caso de Polonia y de las repúblicas bálticas–, la de alguno de los socios tradicionales –así, el Reino Unido–, también muy duro en sus posiciones en lo que a Rusia respecta, un poco en la línea de la política norteamericana, y, en suma, la del resto de los socios.

La UE se halla relativamente entrampada, por lo demás, en su relación con Moscú, de resultas de la dependencia que arrastra con respecto al petróleo y, en particular, el gas natural rusos. Conviene subrayar, eso sí, que la dependencia es mutua: el Kremlin no puede prescindir alegremente del negocio que proporcionan las compras de materias primas energéticas que realizan los Estados de Europa occidental (y debe atender, dicho sea de paso, a una creciente demanda interna). Circunstancias como éstas explican que, pese a la retórica, a la postre la Unión Europea haya rechazado cualquier tipo de sanción como respuesta ante la intervención militar rusa en Georgia. No parece descabellado afirmar que, por añadidura, y de nuevo pese al lenguaje empleado, Bruselas sabe que el control ruso de Osetia del Sur y Abjazia es un hecho consumado.

## La estrategia rusa: Renovación del viejo discurso nacional-imperial

Para explicar la posición de Rusia en relación con lo que nos ocupa es preciso recordar algo que ocurrió entre 2001 y 2006: en la estela de los atentados del 11 de septiembre del primero de esos años, y al amparo de las operaciones, supuestamente antiterroristas, lideradas por EEUU, Moscú demostró ser un aliado fiel de Washington; en el peor de los casos, respondió con un silencio connivente a operaciones como la asestada por la Casa Blanca en Irak. El Kremlin no recibió, sin embargo, ningún tipo de contraprestación por su genérica colaboración con EEUU.

Para apuntalar la última afirmación no hay que ir muy lejos: EEUU ha mantenido en vigor un proyecto, el escudo antimisiles, que obedece al objetivo de reducir la capacidad disuasoria de los arsenales nucleares ruso y chino; ha propiciado una nueva ampliación de la OTAN que en este caso ha beneficiado a las tres repúblicas del Báltico; no ha desmantelado las bases que creó, en el otoño de 2001, en el Cáucaso y en el Asia central; ha alentado las llamadas *revoluciones de colores* en Georgia, Ucrania y Kirguizistán y, en suma, no ha dispensado a Rusia ningún trato comercial razonable.

Era de cajón que, dadas las circunstancias mencionadas, a Moscú no le quedaba otro remedio que buscar otros aires. Para explicar este movimiento ha sido decisiva también, claro, la relativa bonanza económica en la que vive Rusia desde 2000, consecuencia ante todo de la subida operada en los precios internacionales del petróleo. Esa bonanza ha permitido reflotar unas maltrechas fuerzas armadas y le ha dado alas a un renovado discurso nacional-imperial. De resultas, Rusia parece hoy firmemente decidida a defender sendas zonas de influencia en el Cáucaso y en el Asia central, y a asumir algunos riesgos de eventual confrontación con EEUU. El reconocimiento occidental de la independencia kosovar le ha ofrecido a Moscú un sugerente argumentario en el que cimentar pasos como el que ha abocado en las independencias *de facto* de Osetia del Sur y Abjazia. No parece que, entre tanto, al Kremlin le importe en demasía que vayan a ser muy pocos los Estados dispuestos a reconocer estas últimas independencias.

## Políticas de doble rasero

Parece fuera de discusión que tanto las potencias occidentales como Rusia han aplicado en los últimos meses obscenas fórmulas de doble rasero. Tiene su sentido reseñar al respecto las principales manifestaciones del fenómeno. EEUU, y con él varios de los líderes de la UE, han puesto un singular empeño en defender la integridad territorial de Georgia, principio que en cambio prefirieron olvidar en febrero de 2008 en el caso de Serbia. No sólo eso:

han criticado agriamente las acciones militares rusas en territorio georgiano, como si no pesasen sobre nuestra conciencia prácticas similares tal cual las desplegadas por la coalición anglonorteamericana cinco años atrás en Irak.

Claro es que Rusia no sale mejor parada: por mucho que su posición algo tenga de respuesta a lo hecho por otros, es difícil explicar los reconocimientos rusos de Osetia del Sur y Abjazia cuando Moscú había mostrado tanto interés en defender el Derecho Internacional al calor del contencioso kosovar. Los dirigentes rusos habrán de explicar también por qué alientan en Osetia del Sur y Abjazia lo que han rechazado por la vía de las armas en Chechenia. Parece servida la conclusión de que unos y otros utilizan los principios de integridad territorial y secesión según sus conveniencias.

Es urgente subrayar, con todo, que para explicar los procesos kosovar, surosetio y abjazio la palabra autodeterminación está de más. O está de más al menos en lo que hace a la consideración de esos procesos por parte de los dirigentes occidentales y rusos. A los ojos de los primeros no resultó conveniente, al parecer, alentar una consulta popular en Kosova, mientras a los ojos de los segundos la razón que justifica el reconocimiento de Osetia del Sur y Abjazia no es la que proporcionan las querencias, presuntamente mayoritarias, de sus habitantes, sino, antes bien, la condición de la agresión militar georgiana de agosto de 2008.

Así las cosas, es obligado reseñar que los procesos que nos ocupan, ningún camino hacedero parecen abrir en lo que respecta a la vinculación entre derecho de autodeterminación, por un lado, y horizonte, posible, de secesión, por el otro. Las grandes potencias han puesto toda la carne en el asador para que esos procesos se vinculen, sin más, con argumentos encaminados a marginar cualquier principio que remita a las querencias mayoritarias entre la población de uno u otro lugar.

## **Conclusiones para escenarios futuros**

Hay que preguntarse por la posibilidad de que se repitan en otros escenarios acontecimientos más o menos similares a los registrados en el verano de 2008. A primera vista, los candidatos más sólidos al respecto son dos: la llamada república del Transdniestr y Crimea. En el primero de esos casos conviene subrayar que la relación entre el país afectado, Moldavia, y Rusia es mucho menos tensa que la que Moscú mantiene desde tiempo atrás con Georgia. Esto aparte, el hecho de que el Transdniestr no sea colindante con el territorio ruso aconseja pensar que el Kremlin se tomará las cosas con mayor calma. Crimea es harina de otro costal: aunque, de nuevo, es improbable que Rusia decida mover con energía sus peones, en este caso no debe olvidarse que, al igual que en Osetia del Sur, la península está mayoritariamente poblada por rusos que probablemente ven con buenos ojos un proceso de sece-

sión. Aun con ello, ni Ucrania es Georgia ni la posición de las potencias occidentales cabe esperar que sea la misma que la que han asumido en relación con Osetia del Sur y Abjazia.

Lo lógico es postular, en suma, que Moscú se da moderadamente por satisfecho con lo ocurrido en el verano en el Cáucaso occidental, y que tendrían que cambiar mucho las circunstancias para que se lanzase a mover pieza en escenarios como los mentados.

---

### Para explicar los procesos kosovar, surosetio y abjazio la palabra autodeterminación está de más

---

Con mucha frecuencia se ha esgrimido últimamente la afirmación de que nos hallamos ante una nueva guerra fría. No parece que los datos justifiquen semejante intuición. Y es que no podemos olvidar que hoy se hacen valer circunstancias muy diferentes de las que imperaron en la etapa de la confrontación entre los bloques. Por lo pronto, y aun cuando esta aseveración merezca algún matiz, en el mundo occidental y en Rusia se ha instalado un mismo sistema económico: el capitalismo global con su lógica de exclusiones y deprecación. Esto aparte, conviene subrayar con urgencia que las capacidades respectivas de los agentes teóricamente enfrentados son muy diferentes. Bastará con recordar que el gasto militar ruso no sólo se halla a distancia abismal del norteamericano: está por debajo, también, del que exhiben potencias occidentales de segundo orden como el Reino Unido, Francia y Alemania. Por si ello fuese poco, los aliados de Moscú son difíciles de identificar. En los hechos, la lista correspondiente se agota con los nombres, que invitan a mantener alguna cautela, de Bielorrusia, Armenia, Serbia y varias de las repúblicas centroasiáticas. Recuérdense al efecto que ni siquiera China se ha atrevido a dar un paso adelante en materia de reconocimiento de Osetia del Sur y Abjazia.

Más allá de lo anterior, es imperioso recordar que las reflexiones que refieren la gestación de una nueva guerra fría rara vez se contentan con el pronóstico correspondiente. Se ven acompañadas por lo común de sesudas consideraciones que, al menos en el mundo occidental, apuntan casi siempre a la atribución de responsabilidades precisas. Fácil es deducir que, conforme a esta percepción de los hechos, la tensión creciente es, en exclusiva, el producto de una política, la rusa, que configuraría una permanente amenaza para Occidente. Sobran los datos, claro, para concluir que semejante descripción de los hechos se ajusta poco a la realidad. Sin ninguna necesidad de disculpar comportamientos impresentables del lado de Moscú, más bien parece que es la agresiva actitud de EEUU, coreada casi siempre por sus aliados europeos, la que está generando tensiones que serían, en otras condiciones, fáciles de desactivar. Hay quien dirá que para los gobernantes norteamericanos la amenaza del islamismo radical se halla un tanto gastada. Nada más sencillo, entonces, que reflotar la que, cargada de equívocos, dispensa el gigante del este europeo.